



Lo que he aprendido¹

Por María López Vigil²

Recibido: 10 de diciembre 2012 / Aprobado: 18 de marzo de 2013.

Amigas y amigos del Diplomado en Desarrollo Humano, del Diplomado en Liderazgo y del Diplomado Teológico Socio Pastoral. Antes que nada muchas, muchísimas gracias por haberme dedicado la promoción de este año 2012. Desafiaron mi imaginación, porque nunca me había ocurrido algo así. Muchas gracias.

Terminan ustedes hoy un período de aprendizaje. Entonces, después de pensarlo mucho, creo que lo más apropiado hoy es contarles algo de lo que yo he aprendido. Soy bastante más vieja que ustedes y con este cuento quisiera desmentir ese refrán que dice que “lora vieja no aprende a hablar”. Siempre, siempre se puede aprender a hablar. Y siempre, aprender a hablar significará también aprender a ver la realidad desde otras perspectivas, aprender a transformarla con otro lenguaje, con otras palabras.

Quisiera que cuando salgan de la UPOLI a hablar, a decir sus palabras, a practicar y a vivir lo aprendido, siguieran aprendiendo en esa escuela que es la Vida. Entenderán entonces algo importante: que de joven aprendemos, pero sólo después, con el tiempo, comprendemos.

Soy hija de un periodista empírico que era un católico militante. Crecí viéndolo muy preocupado por las desigualdades terribles que había en la Cuba de antes de la Revolución. Aprendí de él desde muy chiquita que el Cristianismo era algo más que ir a misa y algo más que creer en dogmas increíbles, aprendí que no era dar limosnas o rezar mucho. Con el tiempo he comprendido que los ritos religiosos y las creencias y los dogmas tienen a menudo muy negativas consecuencias sociales y que por eso podemos revisarlos, cuestionarlos y hasta rechazarlos.

Soy hija de una mujer que era “sólo” ama de casa, que tuvo poca escuela, pero a la que siempre miré leyendo. Leyendo, ella viajaba a otros lugares, leyendo conocía a otras gentes, leyendo se reía, lloraba, aprendía, comprendía. Leer era uno de sus placeres, el otro era comer. De ella

RESUMEN

La Dra. María López Vigil comparte con los alumnos egresados de las promociones del IDEHU-UPOLI, año 2012, sus experiencias de vida como comunicadora social y teóloga feminista frente a temas fundamentales: Dios, el poder, género, misión profética, revolución.

Palabras clave: Iglesia, América Latina, poder, género, teología de la liberación.

ABSTRACT

Doctor María López Vigil shares with graduates of IDEHU-UPOLI in 2012 her life experiences as a social communicator and feminist theologian on fundamental theme: God, power, gender, profetic mission, revolution.

Key words: church, Latin America, power, gender, liberation theology.

- 1 Palabras de la Dra. María López Vigil, en ocasión de la clausura de los Diplomados en: Desarrollo Humano, Liderazgo y Teológico Socio-Pastoral desarrollado por el Instituto de Desarrollo Humanístico (IDEHU), 2012.
- 2 Directora de la Revista ENVÍO de la Universidad Centroamericana (UCA) de Nicaragua, teóloga, educadora y feminista.

aprendí que el mundo se nos hace más grande leyendo, que a quien no lee se le va marchitando la imaginación. Con el tiempo he comprendido que la escritura que guardan los libros es la memoria de nuestra especie y que si no nos acercamos a los libros, si no leemos, nos faltará imaginación para transformar la realidad.

Todas las revoluciones son fruto de un entusiasmo. En mi familia vivimos los inicios de la revolución cubana con un enorme entusiasmo. Según la etimología de esa palabra, tener “entusiasmo” significa “tener a Dios adentro”, recibir un “don del cielo”. En Cuba, en mi adolescencia aprendí que lo que se vive con entusiasmo deja una huella imborrable, que esa vivencia construye una memoria entusiasmada que después nos ayuda a vivir y a luchar. Con el tiempo he comprendido que ningún cartón de ninguna universidad funciona si no ponemos pasión y entusiasmo en lo que hacemos y decimos. Les deseo que salgan hoy de la UPOLI entusiasmados, con Dios adentro.

Salí de Cuba en la adolescencia para ser monja. Con los años fui aprendiendo que me había equivocado, que esa vida es artificial, que tiene demasiadas seguridades para ser real. Y demasiadas comodidades para ser cristiana.

Y salí. Saboreé el fracaso. Con los años comprendí que los fracasos enseñan más que los éxitos. Yo entré en eso porque quería contribuir a transformar las injusticias de este mundo. Por esa puerta entré. Y por esa misma puerta, por ese mismo deseo, me salí de ahí. Comprendí entonces que las puertas para entrar sirven también para salir.

Durante cinco años trabajé como periodista en Madrid en una revista semanal que informaba sobre la Iglesia en el mundo. Me hicieron responsable de la sección de América Latina. La América Latina de la que tuve que informar era la de las dictaduras militares, la de los desaparecidos y torturados. Me tocó informar sobre la Nicaragua insurreccionada contra Somoza y victoriosa sobre la dictadura. Me tocó informar sobre El Salvador de los años de Monseñor Romero. Aquellos eran los tiempos de las organizaciones populares, de las guerrillas, de las comunidades cristianas de base.

Informé sobre la Iglesia en América Latina en los años de la teología de la liberación, cuando en nuestro continente nacían ideas inspiradoras y transformadoras. Revolucionarias. Aprendimos que el hambre es un pecado estructural, que es justa la rebelión ante la



violencia institucionalizada, que Dios no es neutral, que toma partido por los pobres no porque los pobres sean buenos, sino porque son pobres...Aprendí todo eso y mucho más, y con el tiempo, y por contraste con lo que pasaba en aquellos años, he comprendido la gravedad de lo que hoy pasa: en aquellos tiempos a la Iglesia le indignaban y le preocupaban “los muertos antes de tiempo” por hambre y por bala y hoy parece importarles más el aborto o el matrimonio homosexual...

Trabajaba como periodista cuando, con mi hermano José Ignacio, escribimos “Un tal Jesús”, la vida de Jesús de Nazaret en una serie radial de 144 capítulos. Le pusimos como subtítulo “La buena noticia contada al pueblo de América Latina”. Habíamos aprendido los dos, y estábamos convencidos los dos, que para transformar la vida de los pobres, para desarrollar a nuestros países, la más fundamental de las buenas noticias es transformar la idea de Dios que prevalece en la mente de la mayoría del pueblo latinoamericano. Y para lograr eso la clave era transformar primero la idea que de Jesús de Nazaret tiene tanta de nuestra gente. Cuánta gente cree que Jesús es Dios, un Dios que se disfrazó de hombre para venir al mundo a morir, cumpliendo así el destino fatal decidido en el cielo por su Padre, lleno de coraje por el pecado original...Con el tiempo he comprendido que no puedo creer ni en esa idea de Jesús ni en esa idea de Dios, ni en ese pecado original...He comprendido que no puedo creer que Jesús es Dios, sino que debo creer en Dios como creyó Jesús. Quiero creer en el Dios en el que Jesús creyó.

Terminada la grabación de “Un tal Jesús” me vine a vivir a Nicaragua. Era febrero de 1981. Los momentos iniciales de la Revolución Sandinista, los mejores, los de mayor entusiasmo, ya habían pasado. Y con Ronald Reagan, recién electo en Estados Unidos, iniciaban los años en que revolución se hizo sinónimo de guerra. Es en Nicaragua en donde todo lo aprendido desde niña, todo lo aprendido y rechazado en mis años de monja, y todo lo practicado en los años de trabajo en Madrid iba a dar más frutos. No ha habido un solo día en Nicaragua sin aprendizaje: aprendí palabras, aprendí otra forma de ver el mundo, aprendí de quienes entonces tenían la edad que tienen ustedes ahora... Es difícil resumirles todo lo aprendido y comprendido en esta querida tierra que me adoptó.

En Nicaragua me tocó ser partera de dos medios de comunicación. Uno es ya un adulto que acaba de cumplir sus 30 años. En 1981 iniciamos con un grupo de jesuitas centroamericanos la revista mensual “Envío”. Queríamos informar sobre la Revolución nicaragüense, un experimento histórico que nos parecía bueno y nuevo, que abría un camino de soberanía nacional y de justicia social capaz de inspirar otras luchas de los pobres de América Latina. El otro parto produjo también una criatura hermosa: en 1982 iniciamos el semanario popular “El Tayacán”, que durante diez años tradujo a lenguaje popular y narrativo, a fotonovelas y a historietas, con humor, con dibujos y caricaturas, las mil y una vivencias políticas, económicas y culturales de los años revolucionarios.

En ambas publicaciones, bien diferentes, el desafío mayor fue cómo apartarnos de la propaganda contrarrevolucionaria sin caer en la propaganda revolucionaria. Esa trampa nos acechó a diario. En “Envío” nos definimos como una publicación que daba “apoyo crítico” al proceso revolucionario. Era obvio que apoyábamos la revolución, pero no siempre conseguimos ser críticos. Como a muchos, la revolución nos contagió de triunfalismo y de maniqueísmo: ese error que es ver el mundo en blanco y negro, dividido entre buenos y malos. Al evocar aquellos años recuerdo a la “Juana de Arco” de la película del francés Luc Besson, que en su última hora, antes de ser quemada en la hoguera, logra por fin reconocer los errores de su vida de luchadora: “He cometido -confiesa Juana- todos los pecados que cometen quienes creen en la causa por la que luchan: fui orgullosa, fui terca, fui egoísta. Y fui cruel”. También nosotros. También yo. Con el tiempo he comprendido que defendiendo las causas más justas podemos ser muy injustos.

En el caso de “El Tayacán” el reto diario fue cómo combinar la defensa del poder revolucionario con la crítica a ese poder desde el humor. Reírse del poder es un camino muy eficaz para enfrentarlo. Y como a menudo el gobierno nos censuró, aprendí, aprendimos, que el poder, cualquier poder, también el poder religioso, le tiene un temor enorme a la risa.

En 1990 sucedió el “pachacuti”, ese fin de mundo que significó la derrota de la revolución en las elecciones. Al pachacuti siguió el harakiri ético de importantes dirigentes revolucionarios: la “piñata” y todas las traiciones y

perversiones que siguieron, que comenzaron a minar al Sandinismo y que lo han continuado minando hasta el día de hoy.

En medio de las perplejidades de aquellos años, aprendí a ser feminista.

Yo había aprendido, desde pequeña, la necesidad de luchar para superar las desigualdades que separan a quienes tienen mucho de quienes tienen poco o no tienen nada. Había aprendido que hay que luchar acompañando a los pobres para que vivan como humanos y que hay que luchar denunciando y combatiendo a los ricos para que vivan como hermanos. Fue en Nicaragua donde comprendí los alcances de una desigualdad más antigua y más cotidiana que las desigualdades entre las clases sociales: la desigualdad entre hombres y mujeres, una inequidad que impide el desarrollo, desvirtúa la democracia y violenta diariamente los derechos humanos. Ni en mis reflexiones ni en mi práctica yo había incorporado prioritariamente esa desigualdad, alimentada también desde la religión.

La teología de la liberación -la matriz en la que me formé- nos habló de los pobres, de la opción preferencial por los pobres. Pero no nos conectó con lo obvio: que no es lo mismo un hombre pobre que una mujer pobre. Porque un hombre pobre tiene, al menos, el poder que una cultura de siglos le da sólo por ser hombre. La Misa Campesina, una de las expresiones más hermosas de los tiempos de la teología de la liberación, es una clara muestra de ese vacío:

en esa joya cultural que es esa misa Dios es arquitecto, ingeniero, albañil, carpintero, armador, y a Dios lo vemos patroleando carreteras, lustrando zapatos, trabajando en las gasolineras...Dios no es maestra ni vivandera, ni lo vemos lavando ropa ni cocinando en el fogón...

Hace ya 32 años "Un tal Jesús", primero como serie radial en casetes -poco después como libro y más después también en Internet-, ha sido buena noticia para mucha gente en muchos lugares de América Latina. Para superar ese gran vacío de la teología de la liberación, y otros, en 2007 decidimos, con mi hermano José Ignacio, hacer regresar al Moreno de Nazaret a la tierra para entrevistarlo. Así nació otra serie radial, también libro, que titulamos "Otro Dios es posible". Con el tiempo habíamos comprendido que para que otro mundo sea



posible hay que hacer posible otro Dios, el Dios en quien creyó Jesús.

Tarde en mi vida he comprendido que Dios no es Varón. Tarde he comprendido el gran peligro que hay cuando Dios es pensado, imaginado, creído como un Varón: cuando es así los varones se creen dioses. Ya he aprendido a rezarle a la Diosa, a la Madre nuestra que está en los cielos y en la tierra, que vive en ese templo que son las mujeres y los hombres concretos, las niñas y los niños. He comprendido por fin que Jesús no nos salvó muriendo y sufriendo, sino enseñándonos a vivir. Que nos salva enseñándonos una ética de relaciones humanas basadas en sanar,

en cuidar, en compadecer, en pasar haciendo el bien, en amar, en festejar, en salir del camino para ir hacia el otro, hacia el prójimo, en elegir siempre a Dios y no al Dinero, en hacer la justicia y no en hacer sacrificios, en denunciar el poder autoritario corriendo los riesgos de que el poder nos reprima...Todo eso lo he terminado de aprender en Nicaragua.

Dicen que "no llega tarde quien llega". Les agradezco a ustedes, que empiezan a aprender, la oportunidad de contarles esto: a dónde he llegado. Y espero que dentro de bastantes años más tengan delante de ustedes a un grupo de jóvenes a quienes puedan contarles el cuento de su vida. Deseo que sea un cuento hermoso, un buen cuento, un cuento bueno.